

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

NO sé si ha- brás leído en la Prensa el resumen de un ar- tículo que se ha publicado en América sobre las costumbres españolas. Se ase- gura en él que en los "cines" españoles no se permite que estén juntos los hom- bres y las mujeres. Y asegura muy for- malmente que para que un caballero pue- da sentarse al lado de una dama en un "cine" debe antes exhibir al acomodador el certificado de la parroquia de estar casados por la Iglesia.

CARTAS DE ELLA A SU AMIGA

Te escribo esto por si te pregunta acer-
ca de la veracidad de la extraña noticia
Peter, el americano rubio, que nos presen-
taron la otra tarde en el "bar". Ha venido
al servicio de helicópteros de la base de
Rota. Nos hemos encontrado varias ve-
ces. No he visto ser más idéntico de alma
y de cuerpo: todo él, por dentro y por
fuera, está enjabonado, terso, impasible
y afeitado eléctricamente.

Peter ha aprendido veintitrés palabras
de español. Y lo terrible es que le sob-
ra para lo que tiene que decir. Por eso
le gusta mucho ir al "cine", que es siem-
pre una vacación de la palabra y muchas
veces, una vacación del pensamiento. Va-
rias veces me ha propuesto ir juntos al
"cine"; para poder estar callado. Pero
a mí me interesa más que vayamos al
"bar", donde procuro ir ensanchando su
vocabulario en una dirección convenien-
te. Por eso, cuando me ha propuesto ir al
"cine", yo le he sacado el periódico con
la crónica de nuestra moral inquisitivo-
cinematográfica, y he bajado los ojos. Le
he dicho:

—Pero, Peter..., ¿qué te propones?
Si te encuentras a Peter no lo desen-
gañes sobre la verdad de la noticia. Ase-
gúrale que las cárceles de la Inquisición,
que todavía subsisten en España para
estas cosas, están llenas de chicos que
fueron al "cine" con chicas, sin previo
certificado de la parroquia.

No sé si la dieta le abre a Peter el
apetito, o si la comida le empacha, pero,
por días, se muestra más deseoso de cam-
biar nuestras visitas al "bar" por una ida
al "cine". Le empieza a brotar en el alma
el musgo negro de la peor leyenda hispá-
nica. Ayer, en un revoltijo de erudición
pavorosa me ha explicado que ya él sabe
que don Felipe II ahorcó a don Alvaro
de Luna porque miraba demasiado a Isa-
bel la Católica; pero que creía que esas
cosas no ocurrían ya. En su deseo de ir
al "cine", a no tener que hablar ni que
pensar, me ha propuesto tomar tres bu-
tacas, a fin de dejar entre los dos como
una "tierra de nadie" de la seguridad con-
tinente. Pero yo le he dicho que le saldría
muy caro, pues la suspicacia de los aco-
modadores, que tienen ideas optimistas
sobre la longitud de las extremidades su-
periores del hombre, no se contentaría con
menos de cinco butacas intermedias.

Seguimos yendo al "bar". Ensancha
su vocabulario. Ayer le he enseñado la

palabra "pretendiente"... He observado
que a este hombre las ideas le vienen a la
rastra de las palabras.

Peter y yo estamos en una encrucijada
difícil. En el Real Cinema han empezado
a dar "Los diez mandamientos". Es una
super-producción desorbitada que dura
cuatro horas. Peter se ha embelesado ante
las fotografías de anuncio. El "repar-
to" le ha conmovido: porque él conoce
a todas las grandes "estrellas" y recita
de memoria los nombres de sus películas,
sus premios y sus maridos. Un verdade-
ro alarde de mnemotecnia. Además es
un adorador de Mille. Se ha enloquecido
ante una fotografía multitudinaria y to-
rrencial que podría ser la salida del esta-
dio Bernabéu un día de partido, sino que
todos son israelitas.

No puede más de comezón por ver la
película. Porque, además, su dulce igno-
rancia histórica le coloca en una condi-
ción de admirable y excitante curiosidad
frente a todo. Para él si Napoleón ganará
o no en Waterloo; si Colón naufragará o
no de Palos al Caribe, y si a Luis XVI lo
guillotinarán o le echarán cuatro meses
de arresto, son deliciosos "suspenses" in-
formativos. Ante los fotogramas de los
"Mandamientos" anda excitadísimo sobre
si Moisés, que aparece como un galán con
barba bien cuidada, se casará o no, y si
entrará o no en la Tierra de Promisión.

Yo peleo, como una leona, por apartar-
le del "cine". Le he dicho que como esta
cinta dura cuatro horas, la vigilancia es
mucho mayor, pues en ella hay más tiem-
po de comprometer la honra y la salva-
ción eterna.

No ha podido más. Me ha pedido per-
miso para ir a ver solo la película. Yo le
he dicho "haz lo que quieras". Y segui-
damente le he recordado que puede caer
al lado de una señora casada... Y como
quier no quiere la cosa, le he contado el
argumento de dos o tres dramas de Cal-
deron de la Barca.

Ha vuelto al "bar". Está aprendiendo
la palabra "novio".

He cambiado de
plan. La excitación
de Peter ante la ma-
ravilla de Mille es
tal que he decidido que vayamos al "cine"
a correr la ventura. De propio intento
yo he equivocado el sitio de las butacas
y me he sentado en unas que no son. Pe-
ter me ha cogido la mano. Ya que cree
que se está jugando la cárcel quiere jus-
tificarla. Al cuarto de hora de película,
cuando ya Moisés empezaba a insolentarse
con el Faraón, ha llegado el aco-
modador con los legítimos ocupantes de
las butacas y nos ha levantado. Como
Peter no entiende bien la lengua, le he
explicado a mi modo el revuelo:

—Hemos sido descubiertos; pero el
acomodador es bueno, y por ser tú ame-
ricano no dará parte al Juzgado.

Pero el "suspense" de Peter ha llega-
do a la obsesión delirante. Ha comprendi-
do que, dada las insolencias de Moisés,
algo gordo va a pasar. Y no se resigna
a no verlo.

Hemos repetido la experiencia. Pero
esta vez he obrado con plancada y ab-
soluta malicia. A la hora y media de pe-
lícula, Marisa, como estaba convenido,
me ha llamado al teléfono del "cine". El
acomodador ha venido a avisarme. Yo
le traduje a mi modo, el incidente, a Pe-
ter.

—Ahora estamos perdidos. Somos re-
incidentes. Yo hablaré con el juez. Ten-
drás que poner una fianza.

Pero la excitación de Peter ha llega-
do al paroxismo. No puede entrar en la
cárcel sin saber si Moisés logrará o no
pasar el Mar Rojo.

Nos hemos casado esta mañana en la
ermita de la Pastora. Por la tarde hemos
ido a ver "Los diez Mandamientos". Pe-
ter me ha tenido cogida todo el tiempo
la mano. En la sopapa, con un alfiler,
llevaba prendido el certificado parro-
quial.

Soy feliz. Hace un año que nos casa-
mos. Peter me dice diez palabras dulces
que yo le he enseñado. Cuando se enfa-
da—pocas veces—dice siete palabras du-
ras que ha aprendido en la calle... Para
febrero será el acontecimiento.

Le quiero confesar una cosa. Yo fui
la que mandé a la Prensa americana la
noticia inquisitorial de los "cines" es-
pañoles, para poder realizar todo este
plan.

José María PEMAN
de la Real Academia de la Historia.